

Primer domingo de feria

Yo era tan pequeña que ya no podría reconstruir los detalles, pero sé que me encantaba ir. Y sé que no me tentaban solamente los columpios, las ardillas, los caminos del Retiro. Sé que perseguía algo más que un barquillo, una visita rápida a la Casa de Fieras o la deliciosa perspectiva de mojar patatas fritas en un vaso de Coca-Cola mientras mis padres se tomaban un vermú con aceitunas en cualquier terraza situada al borde del estanque. Pedía un libro cada vez, por supuesto, y casi siempre lo obtenía, pero ese regalo representaba sólo una consecuencia del regalo mayor, que era simplemente ir, estar allí, no perderse aquella fiesta que no era tal, sólo calor y gente, un tumulto comparable al que se congregaba alrededor de la Virgen en las mañanas de los días lectivos, y sin embargo tan profundamente festivo, tan diferente. No sabría explicar por qué, pero la Feria del Libro empezó a fascinarme antes de que aprendiera a leer.

Luego, con el tiempo, conseguí formular aquella atracción. Una tarde vi a Jorge Luis Borges, muy anciano, muy ciego, muy frágil, hundido en un sillón, su cabeza sobresaliendo apenas por encima del tablero donde firmaba libros lentamente. En la caseta de Seix Barral, todos los años, algún novelista español o hispanoamericano de esos a los que yo leía con una admiración que rayaba en el fervor religioso miraba al frente, aburrido (...)

25 AÑOS
LIBROS
A LA CALLE



Leer para
contarlo

Almudena
Grandes
(1960-2021)
Mercado
de Barceló

Ilustración:
Ángel Luis
Sánchez



librosalacalle.com